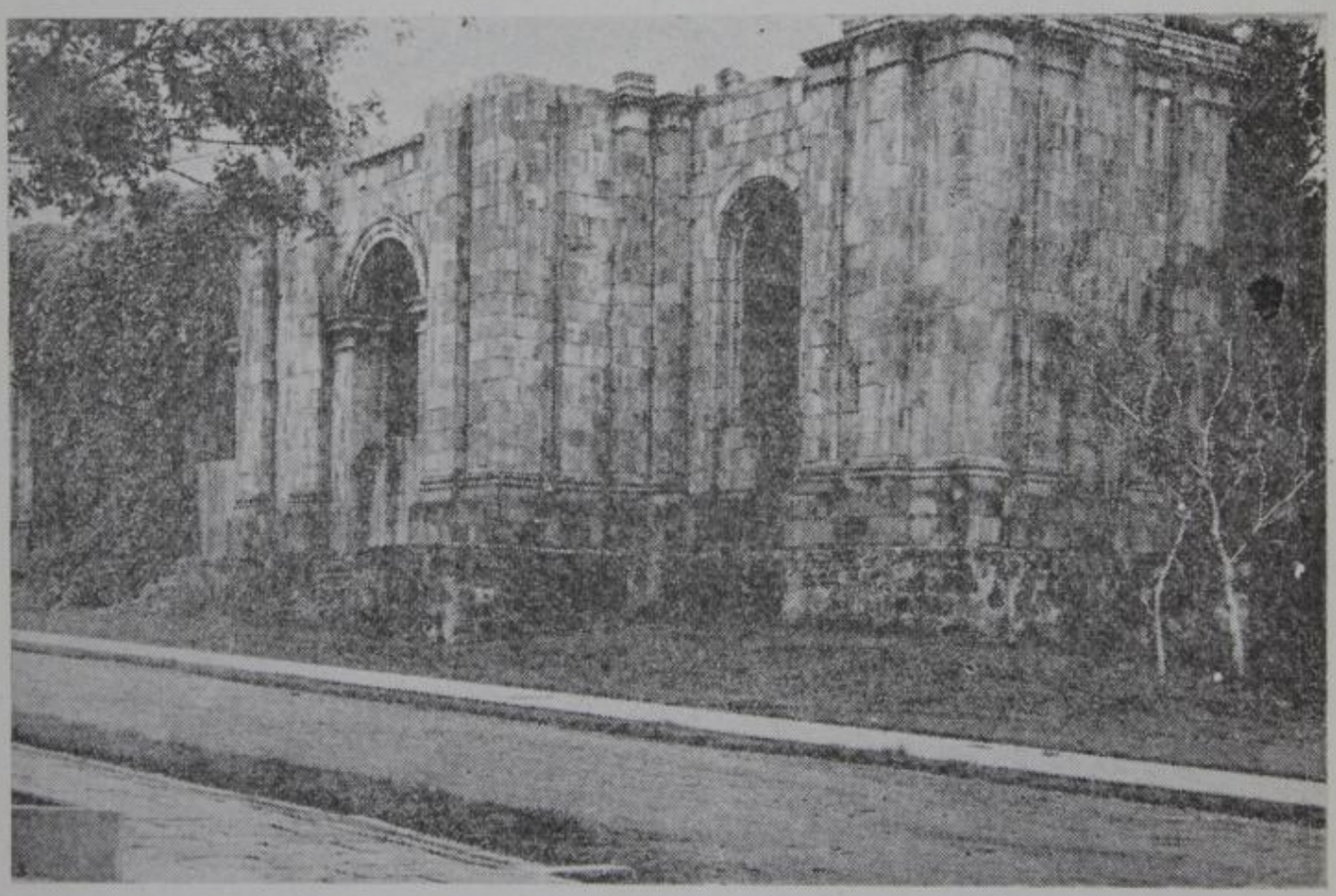
Recuerdos de la vida estudiantil
en el Colegio de San Luis Gonzaga
En las bodas de plata de nuestro bachillerato (*)

Por el Lic. Don Rafael Ortiz Céspedes

Discurso que pronunció en la Asamblea Anual celebrada el 20 de junio de 1942 con que dicha Institución conmemoró la fiesta de su Patrono.

Una tarde de mayo, una noche trágica de 1910, la ciudad de Cartago se conmovió en un estertor de muerte, y a su impulso rodaron por tierra las casas y los edificios de toda la urbe... Hubo sin embargo, cosas que aquel terremoto supo respetar. Quizá por eso hay quienes dicen que hasta la naturaleza tiene a veces sus preferencias.



La parroquia en construcción el año 1910.

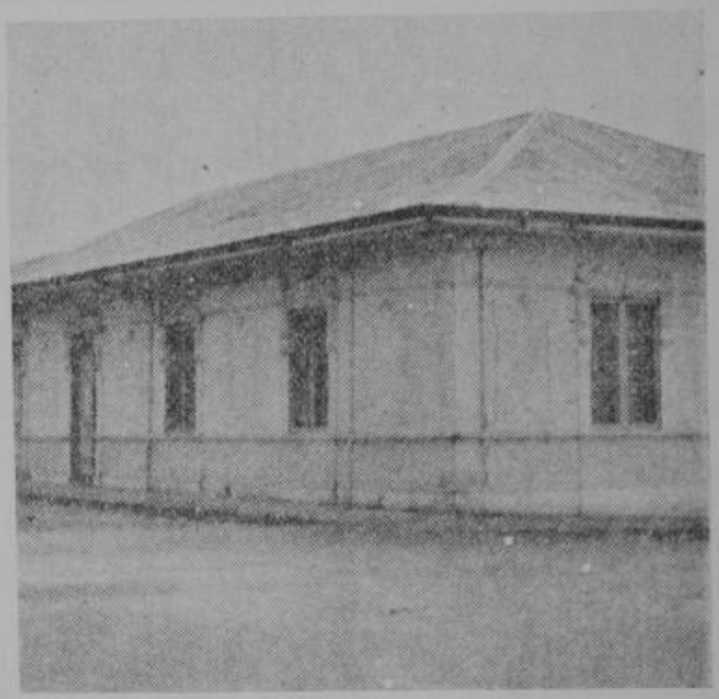
Aún nos están diciendo los graníticos muros de la Parroquia entonces en construcción, así cuarteados como quedaron, pero levantados al Cielo en un signo de adoración al Creador, que de aquella hecatombe se salvó, como símbolo de la fe de este pueblo, la casa que los cartagineses preparaban con destino a su Dios.

(*) (N-D.—A más de las interesantes reminiscencias acerca de profesores y discípulos, se refieren los vaivenes del Colegio desde el terremoto de Santa Mónica el 4 de mayo de 1910 hasta que de nuevo tuvo su edificio propio en el año 1929).

Quedó en pie también la morada del perilustre varón que dió Cartago a Costa Rica: la casa del Licenciado don Ricardo Jiménez Oreamuno. Y todavía se conserva, vivo él, como torreón o atalaya, para prestigio de nuestro pueblo.

Pero además, entre todos aquellos escombros, en aquel hacinamiento de dolores y decepciones, como luz sobre la sombra, como testimonio de que el espíritu vive aunque la materia perezca, como fanal que habría de seguir iluminando la juventud de nuestro terruño, se mantuvieron, firmes y recias, las paredes del templo de la cultura y del saber, las armaduras solemnes del Colegio San Luis Gonzaga. Cierto que más tarde fueron demolidas! Ocupaba el claustral edificio más de la cuarta parte Noroeste de la manzana que está al costado Sur del Mercado Municipal de esta ciudad.

Aquella noche el culto catedrático don Arturo Pérez Martín, que ese mismo año llegó de España a hacerse cargo de la dirección del colegio, a pesar de lo bizarra y bravía que ha sido su patria, debió sentir que en las entrañas de América, se agitaban cosas magnas que hacen esperar del Nuevo Mundo, un mundo nuevo...! Quién le hubiera dicho que en su propia historia le aguardaban convulsiones infinitamente más amargas, porque lo fueron de pasiones humanas, y que iba a morir, en su tierra madre, hace poco, colgado o fusilado, según se afirma, bajo la gritería histérica de algunos de sus propios actuales discípulos!



Casa que habitaba el Licenciado don Ricardo Jiménez O., en 1910.

Al Director que la mañana del 5 de mayo de 1910 no pudo cerrar las puertas desvencijadas del colegio a su cargo, tal las dejó la furia vulcánica del terremoto de Santa Mónica como brazos abiertos en espera del regreso de los muchachos que la víspera recibimos allí las últimas lecciones, al ilustre catedrático, vaya un recuerdo sagrado que silenciosamente se pose en la paz de su tumba...!

Cartago, como el Ave Fénix, otra vez se irguió de entre sus propios restos. Y el año 1912, nuevamente abría las puertas de su Colegio de San Luis Gonzaga, pero entonces instalado en una casa particular, a la sazón, propiedad de don Serafín Saravia, cien varas al Sur de la Botica de Guier, donde había sido en la vieja Cartago la casa de don Gregorio Bonilla. Iniciaba sus labores lectivas con los dos primeros cursos reglamentarios en la época: Preparatoria y Primer Año. Venían y vendrían nuevos alumnos y estudiantes; pero alcanzaría, este nuevo esfuerzo, a recoger buen número de los del viejo instituto, como ocurre con algunos de los bachilleres que hoy celebramos las Bodas de Plata del pre-

ciado diploma que como llave de oro esta noble y querida institución puso en nuestras manos hace ya veinticinco años.

Y aquí vale la pena decir que a nosotros nos cabe la dicha de ser los primeros bachilleres en la segunda etapa de vida de este plantel. Hasta aquella fecha, y desde hacía mucho tiempo, los pocos alumnos que cursaron los cinco años de enseñanza secundaria, tenían que ir a graduarse al Liceo de Costa Rica. Fué precisamente el año 1910 cuando se reiteró ese derecho a los colegios de provincias.

El nuevo Director fué don Alejandro Pérez Martín, hermano de don Arturo. Sólo dos años estuvo al frente de su cometido: buen español, gentil y vehemente. Como el otro, regresó pronto a España sin que volviéramos a saber nada de su suerte. ¡Llegue hasta él, nuestro grato pensamiento!

Edificio del Colegio San Luis Gonzaga, desde su fundación hasta 1910. Al fondo, se distingue una construcción de dos pisos otrora salón de actos en su planta baja, luego Teatro Municipal, y cuya parte alta fué un tiempo pabellón de dormitorios de los Jesuitas y más tarde escuela de varones.

El año siguiente ya tuvimos Segundo Año lectivo, y el otro, Tercer Curso; y durante 1915, Cuarto también. No cabrían para 1916 los alumnos de un colegio con todos los años de segunda enseñanza en aquella casa, y se dispuso que pasáramos entonces a donde había sido la antigua sede del colegio, en el nuevo local construído años después del terremoto y corrientemente llamado "Bazar San Luis" o "El Mercadito". En él estábamos al terminar nuestros estudios; allí presentamos los exámenes de bachillerato y se nos confirieron los títulos respectivos. Años después, en 1920, por conveniencias económicas, el colegio volvió

a la misma casa del señor Saravia que había sido un poco ampliada, y allí permaneció hasta el año 1929, en que la gallarda y vieja institución sentó definitivamente sus reales en este hermoso y sencillo edificio en que ahora nos encontramos, y el cual, parodiando a los patriotas franceses, nos hace exclamar, que de aquí no saldrá el afecto de nuestras almas, ni siquiera por el imperio de la muerte!

Volvamos, pues, los ojos, muy someramente a esos años vividos al calor de nuestra Alma Mater, de nuestro querido Colegio de San Luis Gonzaga, que si es verdad que anduvo en nuestro tiempo ambulante, muy hondas y fijas tuvo siempre y tiene ahora, sus raíces en nuestro propio corazón.

Casa ocupada por el Colegio de 1912 a 1915, y de 1920 a 1929, propiedad de don Serafín Saravia, donde fué antes la casa de don Gregorio Bonilla.

Y puesto que no sería posible—sin menoscabo del tiempo de cuantos asisten a esta numerosa y estimable asamblea y que no son el escaso grupo de bachilleres y demás compañeros que cursamos juntos, el quinto y último año de humanidades en 1916—, dedicar un párrafo detenido a cada uno de todos nuestros generosos profesores, sinteticemos la grata y amena tarea.

El peso de la regencia del instituto correspondió durante los otros años, hasta terminar nuestros estudios, alternativamente, a los nunca bien recordados maestros don Elías Leiva Quirós y don Félix Mata Valle. Algunas veces, y temporalmente, desempeñó la importante función el Profesor don Luis Silva, chileno culto, que años después regresó a su país sin que de él volviéramos a tener noticia. El señor Silva fué magnífico profesor de Matemáticas. Como casi todos, tenía sus expresiones fijas: al terminar el desarrollo de una ecuación o de un teorema, preguntaba siempre: "¿De qué color fué el caballo blanco de Napoleón?"

Hemos llamado *maestros*, a don Félix y a don Elías, porque si de sus temperamentos fuéramos a hacer un resumen, con aquella sola palabra quedaría esculpido: maestros en la más amplia acepción de la palabra; entregados por completo al exquisito y raro placer de cincelar el alma de los demás, con la seda hecha buril, de sus espíritus dilectos y comprensivos.

Esta mañana depositamos una corona sobre sus tumbas. Y ahora elevamos, sobre el rumor de los corazones que aquí laten, la enseñanza pristina de su ejemplo, y la plegaria sentida de nuestras lágrimas.

El grupo de estudiantes del quinto año 1916, hace poco rato, en reunión previa a esta asamblea, acordó perpetuar en bronce, en un bajo-relieve que graciosamente modelará el escultor don Juan Ramón Bonilla y que con la licencia de la dirección actual del plantel colocaremos en los muros del mismo, las efigies de estos dos cultores del espíritu, don Félix y don Elías. Es nuestra intención que allí permanezcan mientras el Colegio exista.

Desempeñó la Secretaría, durante todos aquellos años, el nunca bien ponderado don José Pacheco. Tenía a su cargo también la función de llenar los vacíos que por ausencias dejaran los profesores, muchos de los cuales viajaban de San José a Cartago. La clase de don José, indefectiblemente, era de dictado. Al llegar a punto, siempre exclamaba: "punto y siguiendo...".

No podríamos dejar de referirnos a dos damas que completaron la organización directriz de esta casa de enseñanza. Entendemos que fué en el renacer de ella, donde el país hizo el primer ensayo de co-educación. Muy curioso, de paso, digamos, que eso fuera en Cartago. Pareciera que con tantas cosas ya idas para siempre de la vieja metrópoli, el terremoto hubiera contribuído a llevarse también cierta mojigatería ambiente que antes habría hecho imposible aquella prueba, hoy vigorosa institución nacional. Pero es lo cierto que el nuevo sistema imponía la exigencia de una Inspectora que otros han llamado Celadora, entre ambos sexos. Esa importantísima misión, tanto más delicada cuanto que de la confianza y de la fe que los padres de familia de la austera ciudad tuvieran y pusieran en la persona que habría de desempeñarla, dependía que enviaran o no sus hijas al plantel, fué sabia y certeramente encomendada al abrirse los cursos, a la dignísima, joven y encantadora matrona doña Lidia Jurado Acosta viuda de Troyo.

No pudo procederse con mayor acierto: acudieron las hijas de las familias más exigentes y recatadas, en promiscuidad con los varones de su misma edad, y jamás ocurrió hecho alguno que alejara o mermara la confianza en el nuevo sistema de educación. Doña Lidia había sido la musa inspiradora de su poeta, uno de nuestros más delicados cantores nacionales, Rafael Angel Troyo; y ahora fué para el renaciente instituto, la musa que tuvo, primero, los justos prestigios inspiradores de una confianza indispensable, y luego, el talento rarísimo de algunas flores que nunca dejan llegar la abeja a la miel.

Un día doña Lidia resolvió retirarse de aquella función. ¿Quién la sustituiría? Eso era algo bien difícil..., pero no imposible: todo el mundo volvió los ojos, como en una conjuración divina, hacia otra matrona insustituible, años

más tarde fallecida trágicamente en la ciudad de México: doña Elisa Fernández de Robles... ¡Lloren nuestros ojos, y llore Cartago entera, que por muchas lágrimas que a su recuerdo hayamos ofrendado, siempre serán pocas para mantener frescas las rosas de sus bondades, las azucenas de su desprendimiento!

Y el colegio consolidó su nuevo rumbo. Cartago, mejor diremos, la nación entera, es deudora de estas dos matronas ejemplares. Pero sientan ellas—la una celadora hoy en los coros celestiales, y la otra orlada de cariño y de respeto—, sientan ambas que esta ciudad esquiva, retraída y aún a veces gruñona y fría, les dió en aquel gesto de aprobación y acogimiento, todo el calor de su corazón entero!

"Bazar San Luis" o "El Mercadito", en cuya parte interior estuvo instalado el Colegio de 1916 a 1919.

Fueron nuestros profesores, un grupo de esforzados paladines de la docencia. Algunos, como es natural, lucían con mayor brillo por sus relevantes dotes personales; pero todos laboraron en nuestras almas con sinceridad y devoción. ¡Para todos ellos nuestra gratitud imperecedera!

Rindieron ya el final de la jornada: don Miguel Obregón, tan conocido en la enseñanza nacional: el Licenciado don Tomás Fernández Bolandi, tan buen amigo como maestro; el Licenciado don Rogelio Chacón, amante de las letras y cultivador de ellas; Mr. Richard Corfield, tan atildado, tan inglés; el doctor don Victoriano Alvarez Salado, mexicano de vastísima cultura, Ministro en el Gobierno de Porfirio Díaz y más tarde exilado político que en esta arcadia americana estuvo un tiempo refugiado; y don Juan Brenes Avendaño, amante del buen decir y de cuanto significara belleza y espiritualidad.

Están ausentes del país: doña Mercedes Michaud, fina, ágil, culta, entonces soltera; un encanto de damita que todavía muy joven llegó a darnos clases

de Mecanografía, siendo nosotros estudiantes del último año, es decir, ya varoncitos. Solíamos prender dos candelas frente a una imagen de la Virgen de Las Mercedes, y así la velábamos mientras transcurría la hora de su lección. La llamábamos "Niña Merceditas". Hace poco estuvo en Costa Rica y tuvimos la ilusión de que nos hubiera acompañado hoy, pero regresó seguidamente a los Estados Unidos, y hacia allá vuela nuestro respetuoso y afectivo pensamiento.

Están desde hace muchos años también en los Estados Unidos: don Santiago Gutiérrez, nuestro Profesor de Química, tan complicada y difícil, pero tan amena, digamos, en sus labios; y don Alceo Hazera, Profesor de Francés: toda la cultura de un francés auténtico, toda la hidalguía de un verdadero "gentleman". Nosotros decíamos para definirlo, que parecía un inglés afrancesado.

Don Felipe Molina Larios, nicaragüense, hombre culto, de no muy buen humor. Profesor de Historia y luego de Inglés. Se enfermó en alguna ocasión durante el año lectivo: lo operaron del hígado en San José. En compañía de varias estudiantes fuimos a visitarlo a la clínica. Apenas podía incorporarse, pero se sentó inmediatamente después de saludarnos, y señalando unas piedras que tenía dentro de un vaso cerca de la cama, algunas un tanto crecidas y de color como si fueran de orilla de volcán, nos dijo: "Vean las piedras que ustedes me han hecho". Recientemente estuvo en Costa Rica, pero pronto regresó a Venezuela, donde vive y trabaja.

De don Julio Osma, el Profesor de Música, con sus rasgos fisonómicos de artista nato, lo mismo que del viejecito don Felipe Solano, que lo fué de Historia, ambos también extranjeros, no volvimos a saber. Viven, sin embargo, en nuestro afectuoso recuerdo.

Nos restan los vivos y presentes. Cada uno de estos Profesores sabe, porque la alegría de nuestras almas es la ofrenda visible al encontrarlos, cómo supieron ellos poner optimismo en nuestros corazones y luz en nuestras cabezas.

Vamos a enumerarlos por edades, de mayor a menor, sin que garanticemos la exactitud cronológica.

Doctor don Vicente Lachner Sandoval: el Profesor por antonomasia de Biología; sus lecciones no se olvidan nunca; todavía podríamos repetir cuántas "patitas" tiene cada cromosomo; y sobre todo, cómo persigue un espermatozoide inquieto a un óvulo que huye.

El doctor asumió la dirección del Colegio poco después que nosotros salimos, y la honró por espacio de dieciséis años. Hasta nosotros llegaban y llegan los ecos de los aplausos de padres y estudiantes. La verdad es que, donde quiera que el doctor esté, será siempre director de lo que se ponga bajo su cuidado.

Fué nuestro Profesor de Historia Patria y de Literaturas Extranjeras el General don Jorge Volio Jiménez. Digo mal; aún no tenía don Jorge ese grado militar en Costa Rica, el cual conquistó luego exponiendo su vida en defensa de nuestra democracia. Precisamente nos abandonó para escribir con su sangre en la cruzada redentora de aquellos días, lo que nos enseñaba con la vehemencia de su palabra, la maestría de su saber, y la penetración de su talento. Siempre fué sugestivo en grado extremo. Uno de nuestros compañeros, Juan Diego Gutiérrez, lo

acompañó en su empresa patriótica, que remató en la conocida batalla del Sapoá y con un nuevo orden de cosas en el Gobierno, como todos lo deseábamos. Quienes tuvimos la dicha de ser discípulos del General, durante muchos años lamentamos que el país perdiera sus excepcionales capacidades para la docencia, si bien es cierto que arrebatado por el torbellino político, siguió haciendo cátedra entre las multitudes, como "tribuno de la plebe", como "guerrillero de la libertad". ¡Por fortuna para la Nación, hoy tiene bajo su cuidado una de las más delicadas secciones de nuestra nueva Universidad!

Don Ramiro Aguilar tuvo a su cargo cátedras de Ciencias Naturales, Anatomía, Fisiología. Un verdadero enamorado de sus ciencias, y un devoto profesor de su materia. Un compañero me decía: "¡Qué será que no puedo ver venir a don Ramiro, sin imaginarme el cuerpo humano!". A pesar de eso ya hablaba con los "espíritus", los que parece que suelen darle bromas.

Don Pedro Freer, habilísimo de manos, experto en Trabajos Manuales. Era su ramo. Siempre educado y fino, y listo a hacerle al discípulo el muñeco de barro que aquél no podía fabricar. De ahí que a la hora de exponer los trabajos todos los muñecos se parecieran, pues todos eran hijos de las manos de don Pedro Freer. Se nos asegura que salido de la enseñanza, ha cambiado de afición, pues dicen que hoy *opera* en una "Clínica de Muñecas."

Ido don Pedro, vino a sustituirlo don Roberto Sanvicente. Tenía las mismísimas virtudes de su antecesor para con sus alumnos, pero las aplicabla a la Pintura: con él ya no éramos modeladores, sino que todos resultamos una maravilla para pintar. Desde entonces padecía la chifladura de las minas y aseguraba tener media docena prontas para "dar el golpe". Ha transcurrido un cuarto de siglo y entendemos que ninguna se ha dejado todavía capturar por él.

¿Y qué diremos del artista nacional don Juan Ramón Bonilla, más tarde Profesor de Dibujo y de Trabajos Manuales también? Con éste, para nosotros, la cosa fué bien distinta. La verdad es que no había en nuestro grupo más aficionado al Dibujo, que José Saturnino Rojas, que entonces se llamaba José Rojas, o Rojitas para más señas; y por supuesto, a los demás, en lo de nuestras habilidades manuales, a partir de aquella fecha, nos salió la jarana a la cara.

Otro valor nacional sin duda: don Luis Valle, este artista modesto y humilde, autor del gustado y tierno valse "Cuando el Amor Muere", que nos daba clases de Música con la unción de un oficiante convencido. ¡Cómo sufría don Luis oyendo cantar a nuestro compañero Juan Bautista Ortiz, entonces cariñosamente llamado por nosotros "Tita" o "Tista"!. Nunca pudimos saber si era que éste se hacía, o si de verdad andaba con dos o tres tonos de desplomo en la garganta; lo cierto es que toda canción en que él intervenía, resultaba por lo menos a dos voces!

Dos Profesores nos quedan para terminar con esta afectiva enumeración; pero como se nos asegura que ellos son tan susceptibles en lo que a la apreciación de su edad se refiere, vamos a enunciarlos de una sola vez, como si fueran gemelos: el Licenciado don Francisco Sancho Jiménez y don Francisco Villafranca Carazo. El primero tuvo a su cargo la cátedra de Química después que el se-

ñor Gutiérrez partió para el Norte. Fué siempre afectuoso con todos, sin excepción, y por demás jovial y atento. Le reconocíamos una ventaja entre sus compañeros, y era la de que cuando a alguno de sus discípulos le "ponía" un tres, nunca lo hizo bravo o de mal talante, sino que procedió siempre... sonriendo. El otro, Francisco o Franco Villafranca, como lo llamábamos, fué igualmente buen amigo nuestro; nos dió clases de Francés, como si se tratara de un compañero de más años y más conocimiento. Con una modestia y naturalidad, que lo dejó siempre muy cerca de nuestra buena voluntad.

Algunos profesores y grupo de alumnos del V Año 1916, en el patio del actual edificio del Colegio, el 20 de junio de 1942, celebrando las Bodas de Plata del Bachillerato de los últimos. De izquierda a derecha: Sentados: Profesor don Pedro Freer, Sra. María Francisca Ortiz, Dr. don Vicente Lachner, Profesor don Víctor Lizano, Sra. Graciela Coto, Profesor don Ramiro Aguilar, Licenciado don Francisco Sancho. De pie: Licenciado don José R. Peralta, Profesor don Vicente Bianchini, Licenciado don Rafael Ortiz C., Profesor don José S. Rojas, don Juan D. Gutiérrez, Licenciado don Enrique Guier, Licenciado don Juan Bautista Ortiz y don Carlos Manuel Pacheco.

Esa fué la gama de nuestro Profesorado, el arco iris de nuestros mentores espirituales. Y bajo el nimbo de sus destellos, aprendimos a broquelar nuestras almas, y así hemos andado ya buena parte de la vida.

Nos resta, por último, hacer al menos la enumeración y un recuerdo muy sucinto del grupo de compañeros que llegamos juntos al último año lectivo.

Fuimos once. Ninguno ha muerto aún. Aquí estamos diez, presentes y felices. Sólo falta Amadeo Parini Ramírez, que casó y vive en los Estados Unidos. Los últimos días del año pasado y los primeros del que cursa, estuvo en Costa Rica: el mismo Amadeo, idéntica la bondad y llaneza que lo caracterizaran.

Los otros diez, los que aquí estamos, anteponiendo a las mujeres y por orden alfabético, son:

Graciela Coto Granados, hoy señora viuda de Navarro, madre de familia y eficiente Directora de la escuela Jesús Jiménez de esta ciudad, sección de mujeres.

Mi hermana *María Francisca Ortiz Céspedes*, hoy señora de Ortiz, también, madre de numerosa prole: cinco sanos muchachos y una encantadora chiquilla.

Vicente Bianchini Quirós, el más callado y prudente del grupo. Ya era entonces tan grande como ahora, y le llamábamos cariñosamente "Oco", sin que nunca nos hayamos explicado el origen de ese nombre familiar. Tal apelativo, y su larga estatura, hicieron que los niños desde entonces le tuvieran miedo. Se dedicó a la enseñanza, y parece que las circunstancias apuntadas le valieron pronto el ascenso a Director de la escuela Jesús Jiménez, sección de varones. Forma, además, parte del competente profesorado actual de este colegio.

Juan Diego Gutiérrez Gutiérrez, lo llamábamos "Yon Di", traduciendo su nombre al inglés (John D.). Ya vimos que fué revolucionario y hombre de graves determinaciones, como lo proclama la adusta expresión de su semblante. Sin embargo, era afectuoso, romántico, y ya desde aquel tiempo, un impenitente enamorado. Poco después de su regreso bélico de Nicaragua se ausentó del país por muchos años: amplió sus estudios en buenos colegios norteamericanos; pasó a Bruselas y luego a Londres, donde estuvo a punto de terminar sus estudios de Medicina que suspendió, adelantándose con su ejemplo así, al Rey que por un amor sacrificó una corona.

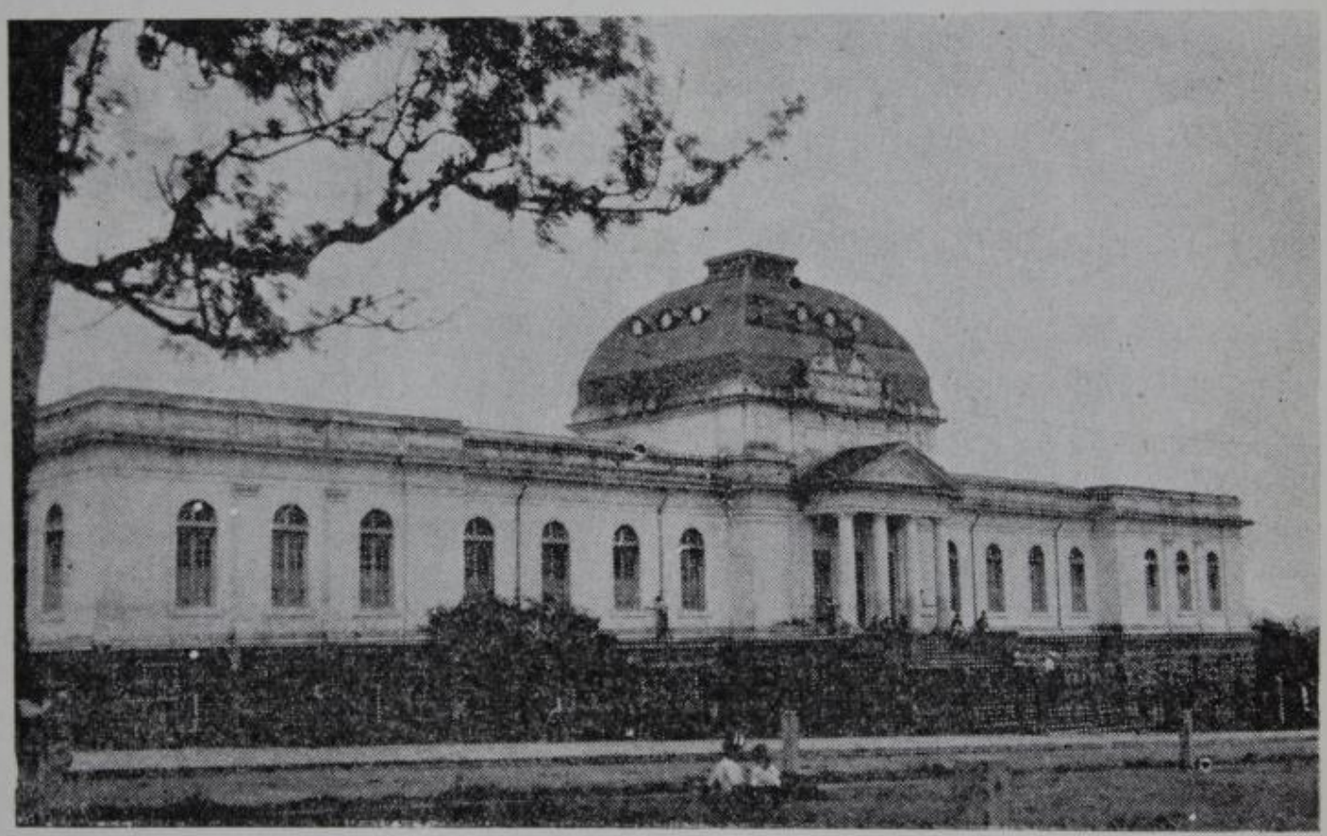
Enrique Guier Sáenz, abogado, uno de nuestros más conspícuos Magistrados en la Corte Suprema de Justicia. En un almuerzo con que esta mañana obsequiamos a nuestros antiguos profesores, lo invitamos repetidamente a que nos hablara unas palabras. El prudente juzgador declaró que no abriría la boca para "no adelantar opinión". Por eso, para corresponder a su silencio, con respeto y cariño lo reverenciamos.

Sigue el más inquieto de cuantos fuimos condiscípulos: *Juan Bautista Ortiz Escalante*, antes tan jovial, y ahora tan circunspecto. Es Licenciado en Farmacia, y dando prueba, desde aquel entonces, de sus futuras capacidades como negociante del agua dosificada, una vez que se colgó cabeza abajo de la barra fija que había en el patio del Colegio, y al escapársele las puntas de los pies con que maravillosamente se sostenía, se precipitó, perdió el conocimiento; y al echarle nuestra inolvidable doña Elisa un poco de agua para "volverlo", Juan Bautista exclamó: "¡Agua, pero poquita!".

Carlos Manuel Pacheco Chaverri, procedente de la ciudad de las flores, antes que de artista, reveló siempre capacidades de buen comerciante. Los números lo seducían, y se distinguió en Matemáticas. Una vez graduado, partió hacia los Estados Unidos en compañía de Parini—que como vimos, lleva traza de enterrarse allá—, aprendió inglés a la perfección y algunos otros trucos de hábil negociante. Regresó al país, escogió el puerto de Puntarenas como su campo

de acción; diz que hizo allá algunos dineros, y ahora vive en la capital de la República como todo un señor.

José Rafael Peralta Cañas, desde aquel entonces cariñosamente llamado "El Marquesito". Con toda la afabilidad de su temperamento, y en uso de su derecho, solía hacer referencias de sus ancestros nobiliarios. Por cierto que al General Volio parecían no hacerle gracia tales cosas, y nos explicaba que otro de nuestros condiscípulos, por alguna de sus ramas, era descendiente directo de la antigua familia que reinó en Talamanca, agregando: "Este es de sangre real auténtica, y autóctona". Meses antes de terminar el último curso, José Rafael partió hacia los Estados Unidos, graduóse allá en una escuela de Jurisprudencia, y a su regreso se incorporó aquí como abogado. La publicación de un opúsculo suyo, no ha mucho, nos ha revelado su afición por las letras. Recientemente fué celoso Gobernador de la capital.



Edificio actual del Colegio, inaugurado en 1929.

Y este servidor de ustedes, conocido en el mundo de los vivos, por *Rafael Ortiz Céspedes*: abogado y notario; si alguien quiere que le haga el testamento, que me avise para traer el protocolo.

Guardo como preciado tesoro el inalterable disfrute del cariño de mis compañeros, y hoy que inmerecidamente me regalaron ellos esta oportunidad de hablar por todos, conmovido, me declaro su deudor a perpetuidad.

Jamás hubo rencilla de importancia entre nosotros. Cada acontecimiento de la vida estudiantil, era nuevo lazo que ataba más nuestra mutua y recíproca simpatía y afección. Ya al terminar la brega colegial, tuvimos un amargo desazón, que más aun nos vinculó: una verdadera "tempestad en cada cráneo", hija legítima de la intromisión política en este colegio. ¿Causa? Un Profesor no citado

aquí, e impuesto por las alturas, cuya falta de idoneidad a tiempo habíamos informado. Síntesis: no fuimos Bachilleres de diciembre de 1916, sino de marzo de 1917.

Prometimos entonces, en lo que de nosotros dependiera, mantener la limpia autonomía de esta institución. Y en esta oportunidad, venimos a reiterar solemnemente aquel firme propósito.

Juntos, abrazados en un sólo afecto, confundidos en el santo y poético recuerdo de aquellos días juveniles, al estrecharnos hoy en círculo de pares de la amistad y del cariño, formamos con nuestros corazones una corona palpitante que ponemos, sobrecogidos, en las sienes idealizadas de nuestra augusta Alma Mater.

No podríamos rematar la visión del panorama humano de aquellos días, sin decir una palabra de quien fuera el portero del Colegio, al menos durante nuestros últimos años estudiantiles: de *Víctor Mora*, con proyecciones de bedel en el ejercicio de su cargo. De regular tamaño, chaqueta siempre abotonada, tupido y crespo su pelo, como imaginamos fuera el Tambor Santamaría. Se deslizaba silenciosamente hasta llegar al estudiante a quien creyera merecedor de una reprimienda, y acercando a él su grande e hirsuta cabeza, y bajando la voz, con un gesto entremezclado de rector prudente y de amigo agraviado, le decía soplando por entre los dientes: "Lo está mirando el Director, eso no se hace, tenga cuidado porque lo expulsamos". Su intención no podía ser mejor inspirada. ¡Pobre Víctor! Murió años después en la terrible catástrofe del Virilla.

El eco de la campana que tantas veces repicó en aquellas felices horas de nuestra vida de colegiales, con el recuerdo de infinitas alegrías, nos está infiltrando aquí, la nostalgia del pasado.

Para terminar, en nombre de nuestro grupo, séanos permitido hacer presentes—al señor Director actual del Colegio, Profesor don Víctor Lizano, en cuyas diestras manos está ahora el timón de esta casa de enseñanza, lo mismo que a los demás organizadores de este festival magnífico—, nuestros sentidos agradecimientos por habernos dado oportunidad de participar en él, trayendo, al conjunto armonioso de la dicha que hoy aquí respiramos, la nota romántica de nuestros recuerdos, y el vivo homenaje de pleitesía para el templo que nos abrió las puertas de la vida y para los sufridos sacerdotes que oficiaron en su misa.

Nos encarga un grupo de estudiantes aquí presentes—y complacidos nos sumamos a la idea justísima—, proponer desde esta tribuna a los bachilleres del Colegio San Luis Gonzaga, los graduados del año 1917 a esta fecha, que todos contribuyamos con una suma, muy pequeña por cierto, para mandar fundir en bronce los bustos de don Elías Leiva Quirós y de don Vicente Lachner Sandoval, los cuales, modelados en yeso por el orfebre don Juan Ramón Bonilla Aguilar, se encuentran desde hace tiempo en sitial de honor en la Dirección de este gallardo edificio.

Y nosotros por nuestra parte pedimos igualmente al señor Bonilla Aguilar, que vaya preparando el yeso de don Félix Mata Valle para que fulguren en él, a un tiempo mismo, el trazo maestro del artista, y la prócera figura del maestro!

He dicho.

Cartago, sábado 20 de junio de 1942.